

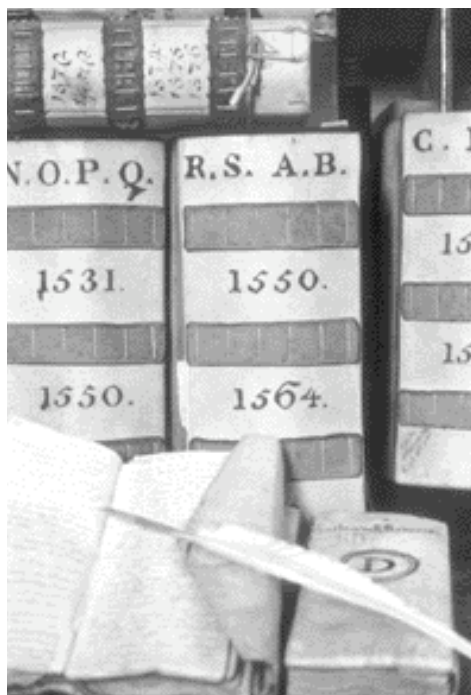
De la historia del libro al libro en la historia

Héctor Vera

Durante las últimas décadas los estudios históricos han visto el crecimiento de una especialidad que ha mostrado ser particularmente fértil: la historia del libro. Esta novel subdisciplina ha indagado —observando a impresores, editores, comerciantes, autores y lectores en sus medios sociales— la forma en que las ideas son transmitidas a través de los medios impresos y cómo el contacto con la palabra impresa transforma las acciones y formas de pensamiento de las personas. Si bien no es exacto decir que esta área de investigación comenzó en 1957 con la publicación en Francia de *La aparición del libro*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, tampoco es una aseveración injusta, pues en esta obra se propuso una nueva manera de entender las consecuencias que trajo consigo la imprenta de tipos móviles.

El plan básico de *La aparición del libro*, ideado por Febvre —quien murió antes de que se terminara la obra— y realizado por Martin, consistía en mostrar que la llegada del libro impreso en el siglo xv significó algo mucho mayor que un logro técnico; se trató sobre todo de un nuevo medio intelectual que sirvió a la cultura occidental para concentrar, transmitir y expandir sus ideas centrales, un medio que creó nuevos hábitos de pensamiento y que transformó la cultura, la religión y la política —en una palabra, cambió a la sociedad.

Este enfoque de investigación —conocido como historia *social* del libro— sugirió a las siguientes generaciones de estudiosos nuevas preguntas para ver el mundo editorial como una puerta de entrada a la vida cultural. Siguiendo esta línea general trazada en *La aparición del libro* surgieron, a finales de los años setenta, dos obras hoy clásicas: *The Printing Press as an Agent of Change*, de Elizabeth Eisenstein (aún no



traducido al español), y *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, de Robert Darnton (próximo a aparecer en la colección Libros sobre Libros, donde ahora se publica el trabajo de Febvre y Martin).

El trabajo de Febvre y Martin quiso ser desde el comienzo mucho más que un simple recuento pormenorizado de quiénes fueron los impresores más importantes, qué libros dieron a la luz y cuáles fueron sus logros; se trataba más bien de mostrar que el libro es un agente histórico, un objeto que contribuyó a cambiar la Europa de los primeros siglos de la era moderna, de señalar que el libro no sólo tiene historia, sino que por sí mismo es parte de la historia. Para lograr esto, se tuvo que mostrar que el libro es al mismo tiempo un bien económico y un producto cultural; aceptar este doble carácter de mercancía y transmisor de ideas,

permitió a la historia *social* del libro comprender este objeto en toda su complejidad.

La aparición del libro examina meticulosamente los distintos estratos que forman el medio editorial, concentrándose entre los años 1450 y 1800, un periodo que va desde la invención de la imprenta de tipos móviles —atribuida a Gutenberg— hasta los inicios de la industrialización.

Así, Febvre y Martin analizan cada uno de los componentes del mundo del libro: el comienzo de la producción de papel en Europa, antecedente indispensable para la futura revolución del libro, pues el papel sustituyó a la vitela como materia sobre la cual imprimir —piel de ternera, pese a ser muy durable demandaba para un simple libro el sacrificio de un rebaño, lo cual hacía los precios muy elevados—; los logros técnicos en el gremio de los plateros que permitieron superar las limitaciones de la impresión con bloques de madera y que hicieron posible imprimir más y mejores libros en menos tiempo; los costos de la producción editorial y la carencia de capital sufrida por los impresores; los nuevos oficios que esta industria trajo consigo (como tipógrafos y formadores) y las terribles relaciones laborales que se establecieron entre los maestros impresores y sus empleados; el nacimiento del autor como un profesional que vive de la venta de sus obras y no sólo de un mecenas protector; la rápida difusión del libro, primero en Europa occidental y posteriormente en el resto del mundo; los métodos de comercialización editorial; las trabas que Estados e iglesias impusieron a la libre circulación del libro por medio de la censura y los privilegios, dado su potencial para transmitir ideas sediciosas y heréticas; el libro como agente de cambio intelectual y social que permitió la propagación del humanismo italiano,

cooperó con el triunfo de la Reforma y facilitó el establecimiento de las distintas lenguas nacionales europeas.

Se trata, pues, de un largo y sugestivo viaje por la historia y la cultura europeas entre los siglos XV y XVIII, vistas desde la perspectiva del medio editorial. Es también una narración en la cual la erudición de los autores nunca opaca sus argumentos, ni se convierte en una fatigosa enumeración.

Vale la pena destacar el trabajo de traducción del filólogo y paleógrafo Agustín Millares Carlo —de quien el Fondo de Cultura Económica publicó su *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*— quien

además de verter el texto al castellano enriqueció notablemente las notas y la bibliografía con referencias sobre la historia del libro en España y en América.

Es mucho lo que se puede sacar de provecho hoy de este quincuagenario libro si se compara la realidad que describe con la situación actual. Por un lado, es claro cómo han cambiado las condiciones intelectuales, técnicas y políticas del medio editorial: nuevas tecnologías han modificado completamente una forma de producción que durante siglos estuvo apoyada en los mismos mecanismos básicos. Por otra parte, las ideas han encontrado el modo de circular con un

grado de libertad que no tiene parangón con lo que se vivió en sociedades pasadas.

Lo que también se puede aprender es cuán poco se han alternado las condiciones económicas del libro. Como sostienen Febvre y Martin:

Desde sus orígenes, la imprenta fue una industria regida por las mismas leyes que las demás y el libro era una mercancía que los hombres hacían sobre todo para ganarse la vida, incluso cuando eran humanistas y sabios (...). Por lo tanto necesitaban, en primer lugar, hacerse de un capital para poder trabajar e imprimir los libros susceptibles de satisfacer la demanda de sus clientes y con precios que pudieran competir, ya que el mercado del libro siempre fue como todos los demás. Los industriales que lo producían —los tipógrafos— y los comerciantes que lo comercializaban —los libreros y editores— tenían que enfrentar problemas de costos y financiamiento.

Además, “la edición de un libro era, la mayoría de las veces, una empresa azarosa, ya que no era previsible la recepción que el público le daría, lo que explica la avidez con la que los editores buscaban obras de venta segura”. Es extraordinario que estas aseveraciones resulten tan ciertas para describir el estado de la industria editorial tanto en el siglo XVI como en el XXI.

El libro se ha transformado en muchos de sus aspectos nucleares, pero continúa sin grandes cambios en otros. Advertir qué ha cambiado y qué permanece puede permitir a autores, editores y libreros a comprender cuáles son algunas de las causas del actual estado del negocio editorial. Es frecuente escuchar que se culpe a la “negligencia del estado para promover la cultura”, a la “voracidad de las grandes editoriales”, a la “falta de lectores”, a los *best sellers* o a la “dictadura del mercado” de los infortunios de quienes viven actualmente de la escritura, producción y comercialización de libros, como si todos ellos fueran problemas nuevos con los que no se tuvo que lidiar hace veinte, cincuenta o cien años. Un vistazo a los primeros siglos de la industria editorial nos permitirá ver la terca persistencia de muchos de los males que hacen desdichado el hermoso oficio de los libros. **[U]**

